

LA SERPE

Emilia Pardo Bazán

ÍNDICE

Capítulo I	861
Capítulo II	869
Capítulo III	877
Capítulo IV	885
Capítulo V	893
Capítulo VI	901

I

EL castillo y el palacio, hoy, no son sino ruinas, abrigadas por verdes pabellones de hiedra tupida y salvaje, y a trechos desmoronadas, habiendo rodado sus piedras, por las abruptas laderas del monte, hasta cerca del playazo, límite del dominio de los señores de Aponte, conocidos en toda la comarca por «los señores de la Serpe».

La causa de que se les llamase así era, sin duda, que en el pequeño escudo de armas sin adorno alguno y toscamente esculpido en piedra granítica que blasonaba el torreón, aparecía, en rudos rasgos, una especie de monstruo que aldeanos y pescadores habían calificado de «Serpe» desde tiempo inmemorial. Como sucede en muchas viviendas aristocráticas de Galicia, ésta fue construida en dos o tres épocas diferentes. La torre era lo más antiguo, y quizás en ella se habían defendido de los piratas normandos sus moradores. Las almenas, cuadradas, hablaban de guerra. Cuando se gozó de mayor seguridad, un Aponte edificó, pegado al torreón sombrío, el Pazo señorial y espacioso, con amplios salones y amplia escalera. Otro Aponte vino después, que añadió al Pazo dependencias y granja y plantó denso arbolado detrás de la residencia. La familia, poco a poco, prosperaba; las bodas, tratadas con acierto, eran origen de tal engrandecimiento. Los Aponte poseían ya vastos territorios, extensas propiedades, y contribuía a tal incremento de la fortuna el hecho singular y tradicional de que en un país donde los hijos suelen contarse por docenas, ningún Aponte tuviese más de uno. La imaginación del pueblo bordaba siempre sobre este cañamazo. El día que en la casa de Aponte hubiese más de un sucesor, algo muy fatídico sobrevendría. Nadie explicaba el porqué de predicción tan temible.

Vivían los señores de Aponte en su grandiosa morada con cierta modestia y sencillez, propia de aquellos tiempos y de lo patriarcal de las costumbres (tan diferentes de la supuesta dureza feudal). Comían el mismo pan que sus vasallos y, como ellos, aprovechaban, para facilitar y abaratar la vida, la pesca abundante y sabrosa. De padres a hijos, los Aponte salían a redar, compartían las faenas de los pescantines y nadie les ponía el pie delante en tales ejercicios. Sólo se distinguían de los rudos marineros en la instrucción, que solía darles algún monje del monasterio de San Amaro, situado a una legua de distancia del castillo, y donde se alineaba, en macizos estantes, una biblioteca que vino a enriquecerse más desde la invención de la imprenta y desde que el monasterio se convirtió en convento de Franciscanos. Leían con ardor los Aponte los tratados de Cosmografía y Náutica, las relaciones de fabulosos y verdaderos viajes. Aun cuando estaban pegados a su castillo como las lapas y *minchas* a las peñas, sentíanse hombres de mar; a veces, por la tarde, desde un cantil que dominaba la playa, esperaban vagamente ver perfilarse en el horizonte la arboladura de un barco, y soñaban con saltar a bordo y emprender travesías muy lejanas a tierras desconocidas.

Ellos sólo poseían como embarcaciones las lanchas pescadoras que utilizaban sus siervos, y que éstos tenían obligación de cuidar y poner a la disposición de los señores cuando querían salir a echar redes, o solamente a dar bordadas por la costa. Hacíanlo muy gustosos; los Aponte trataban a sus feudatarios con benigna fraternidad y eran queridos y obedecidos al ojo. No por eso dejaban de mirarles los aldeanos con cierto temor inexplicable. Quizás contribuyese a ello la leyenda que les rodeaba. Las almas crédulas y simplistas de los pescadores, en general, no dudaban de tales consejas. Los Aponte estaban bajo la amenaza de algo desconocido. Un maleficio pesaba sobre el ilustre linaje. Bien podían tener cuidado los señores.

—¿Cuidado? ¿De qué? —preguntaba a veces, sonriente, el Aponte último, Gonzaliño da Serpe, el Mozo.

Don Gonzalo da Serpe, su padre, casó con una señora de insignie prosapia, doña Laura de Androis, que trajo a la casa de Aponte saneado caudal y el entronque con los primeros linajes

de Galicia. Mujer de gustos refinados y aficionada al lujo, pues había pasado algunos años de su vida en la corte castellana, doña Laura tomó por su cuenta arreglar y alhajar el castillo, que bien lo habían menester. Empezó por el torreón da Serpe, donde los señores no habitaban, y quiso vivir en él, después de repararlo y de quitarle el aspecto de vetustez y desidia. La novedad no fue muy del gusto de fray Berte, fraile del convento de San Amaro y capellán de los Aponte.

—Más valiera —opinó, frunciendo unas cejas hirsutas y enérgicas— dejar en paz al torreón, con su Serpe o su diablo. Maldita la gracia de ese escudo; lo que yo haría sería quitarlo y poner en su lugar otras armas, que en esta casa sobran, y bien calificadas y nobles.

—Pero, padre Berte —objetó Laura—, ¡una cosa tan antigua y que fue de los antepasados! Cuando esté bien arreglada la torre, vendrá su reverencia a bendecirla y a exorcizar a los malos. Y si me hace favor, dígame, por su vida, qué significa eso de la Serpe, que desde mi llegada lo estoy oyendo y no acierto a descifrarlo.

En grave apuro, fray Berte se tomó tiempo para contestar.

—¡Eso de la Serpe..., eso de la Serpe..., no puede significar cosa buena! —prorrumpió al fin—. ¡No, no puede ser más que perdición! Los marineros, ya lo habrá oído vueseñoría, juran que la Serpe se aparece siempre que va a haber tormenta, y anuncia los males que van a suceder en esta casa. Yo quisiera que a la Serpe ni se la nombrase entre cristianos, porque cosa de pecado es, de fijo. No bastaría arrancar el escudo; debería arrasarse el torreón.

Doña Laura, bien humorada, se chanceó con el fraile. Bueno que los marineros diesen fe a tales patrañas; ella por patrañas las tenía, y ya era hora de que se barriesen del pensamiento. Y las obras de restauración de la torre continuaron. La piedra del blasón fue limpiada; desapareció el musgo que la cubría y se pudo percibir, toscamente esculpida, una figura que tenía algo de femenina, con escamas de dragón. Fray Berte le hacía la higa siempre que cruzaba por allí.

Ricas tapicerías revistieron los viejos muros; tallados arcones, incrustados contadores moriscos, tablas y trípticos de primoro-

sa pintura adornaron las estancias; bajo los pies pusieron su mulido alcatifas granadíes, y en el suntuoso oratorio que para su uso mandó la señora arreglar en la misma torre, testando el retablo con el lienzo de pared que ostentaba la figura de la Serpe, fue objeto de admiración una virgen gótica de marfil, una *abridera*, como la famosa de Allariz, que en su seno entreabier-to, llevaba el Divino Niño. Era efigie de gran devoción y milagrosa. En concordancia con el lujo que desplegaba doña Laura en el mobiliario y el decorado de su mansión, montó su vida interior, sus cocinas, sus comedores, trayendo de Compostela servicio y un cocinero, despedido del Palacio Episcopal porque gastaba demasiado y consumía como una pavesa las rentas de la mitra. Platos exquisitos y vinos añejos de oro y granate fueron base de los festines de los señores de Aponte; se les sirvió con arreglo a los preceptos que da en su *Arte cisoria* el marqués de Villena, y, traídos de lejos también, vinieron coperos y maestresalas, dueñas y doncellas, y hasta una esclava mora, gran tañedora y danzarina. Las mujeres atendieron al tocado y adorno de doña Laura, rizando sus cabellos y perfumando su cuerpo con botecitos de olores, prendiéndole joyas y vistiéndola ropajes elegantes y ricos. Todo ello no era muy del gusto de fray Ber-te, que, enemigo de los afeites y otras molicies, sólo permitía a doña Laura, en el tribunal de la penitencia, tales excesos por el santo fin que los inspiraba: cautivar el corazón de su esposo y que viniese el heredero, el único, nunca negado a la estirpe de Aponte. Y el heredero vino: aquel Gonzaliño da Serpe, después llamado el Mozo, pero el corazón del padre no fue cautivado. ¿En qué conocía doña Laura que su marido, respetándola mucho, haciendo siempre lo que ella quería, no la amaba de amor? En todo y en nada lo percibía la señora. En lo yerto de la caricia, en la distracción de los ojos, que parecían buscar algo lejano; en la tendencia al retrainimiento, disimulada bajo una cortesía galante. Al hijo demostraba quererle mucho; pero cuando no le inventaba juegos y el pequeñuelo se adormía en brazos del ama, recia pescadora, don Gonzalo, deshecho el hechizo, se salía a la playa, llamaba a sus marineros y se embarcaba, no tanto para pescar como para recorrer la costa, en la cual buscaba algo sin duda, pues en cada ensenadilla o ancón se de-

tenía minuciosamente, registrando, como si estudiase su forma para indagar no se sabía qué. Y la señora de Aponte, cada día más apasionada, sentía celos del mar, que le robaba a su marido.

Éste, un día preguntó ansiosamente al marinero patrón de la barca, el tío Salnés, que conocía aquellos sitios como nadie. Quería saber dónde abría su boca la célebre cueva o *furna* llamada de la Serpe.

—¡Ay mi señor! —exclamó el hombretón sacudiendo la zalea de sus mechones, entre la cual verdeaban briznas de algas y lucían partículas de arena, denunciando el desconocimiento del peine—. ¡Ay mi señorío! Tal cueva no la he visto en mi vida, y llevo ya veinte años rompiendo el cuerpo a remare.

—Pues la hay —arguyó don Gonzalo—, según noticias que he encontrado en antiguos manuscritos del convento.

—Si la hubiese, nuestros ojos la verían. Tú, Vieira —agregó, dirigiéndose a otro marinero más joven—, ¿topaste, por ventura, tal cova?

Vieira calló, poniendo cara acongojada; pero el rapaz, Anaco, despabilado, pequeño y negro como un ratoncillo, declaró al punto:

—Yo vere, mi señor, en lo que es vere, no la vi. Pero por el alma de mi madre que oí falas. Contómelo mi abuela, que tien ciento y más de años. Hay una cueva, destemperada de grande, donde vive la Serpe. Está al cabo del promontorio. Éntrase por el mare. Dentro hay palacios y tesoros, y la Serpe canta.

—Chocheras de viejas, con perdón, señor amo —declaró el patrón, escupiendo en las manazas para jalar otra vez del remo—. Yo tengo bien costeadado el promontorio, y nunca tal entrada vi. Chocheras de viejas temblonas.

Don Gonzalo, pálido y brillándole de emoción los ojos, dio una orden.

—Mañana, al amanecer, espérame con la barca en Punta Corneira. Lleva a estos dos, a Vieira y Anaco. Habrá vino asaz y dinero para vosotros, pero callaos y que no sepan en el castillo ni en la aldea la menor cosa.

—No lo sabrá la tierra —juraron los marineros.

—Y ahora, ¡a pescar!

Echada la red, presto hubo que alzarla, pues se rompía con la pesca. Los cestos recogieron aquel bien de Dios de mágiles y lobagantes, congrios como gruesas serpientes boas y amenazadoras arañas de mar, prontas a saltar contra los que las capturaban. De pronto, Anaco dio un chillido, y presentó a don Gonzalo un singular objeto. Al principio no comprendió el señor de Aponte qué fuese. Tenía forma de aro, pero estaba revestido de algas y conchuelas que le cubrían por completo. Quitada aquella capa exterior, vio Aponte con sorpresa que se trataba de un brazalete o manilla de mujer, y que a trechos, frotando, aparecía la labor de filigrana y engarzadas gruesas perlas.

—¡Dónde estará el alma, Dios la descanse, de quien usó esa prenda! —exclamó el tío Salnés.

—Os doy las albricias del hallazgo —articuló el señor, sacando de su escarcela, donde guardó la manilla, algunas monedas de oro, que repartió entre los jubilosos marineros.

—Hasta mañana —ordenó al despedirse, saltando en el arenal.

Aún no anunciaba a la aurora esa leve faja colorada que sonríe en el horizonte, cuando don Gonzalo salía de su aposento, recatadamente, como si se encaminase a culpable cita. Todos dormían en el castillo menos él. Antes de bajar la escalera penetró a pasos tácitos en el oratorio, y dejó a los pies de la Virgen la manilla. Murmuró con fervor una oración breve, y, por la poterna de la torre, cuya llave guardaba en su poder, salió al arenal. Había bebido una copa de confortativo licor para reanimarse y, sin embargo, temblaba, sin poder definir la causa de su pavor involuntario. Dos o tres veces la idea de volver, de renunciar a buscar en su antro a la Serpe, le asaltó. Luego, impulsado por un deseo irresistible, siguió adelante. La suerte de su linaje estaba unida a la leyenda del monstruo que campeaba en el blasón de la torre. ¿Cuáles eran los orígenes de tal unión? En vano los había buscado en los viejos manuscritos del convento y en los de su archivo, no menos venerables. Se hablaba allí, es cierto, de la Serpe y de su cueva; mas como de cosa que todo el mundo conocía y que no era necesario explicar, limitábase a situar la cueva «en el promontorio». Los cronistas primitivos fiaban así en la memoria de la gente, y no creían necesario detallar cosa alguna.

El tío Salnés esperaba con sus marineros. La mar era un lago; no corría ni un soplo de aire. Empezaron a remar con pujanza, pues distaba largo trecho el cabo, al cual en derechura quería ir el señor de Aponte. El agua parecía, según el sol iba ascendiendo en el cielo, de plomo derretido. No se avanzaba. Los marineros sudaban, acezando con fatiga. Y Salnés, ceñudo y descontento, se dirigió a don Gonzalo:

—Mi señor... No le parezca mal... ¡Era bueno nos volvere! No se fie desta mar de aceite, que engaña. Va a saltar el viento, y me lleve san Judas si no tenemos tormenta.

—¡Si se alza viento, mejor! Iremos a vela —exclamó el señor de Aponte—. Y más avanzaremos. No será la primera vez que vayamos contra viento y marea, Salnés; iya lo sabes!

Atropelladamente izaron la vela, y, como si el viento sólo esperase tal resolución para dar su siniestro brinco, una racha violenta medio hizo zozobrar la embarcación. Resistieron y corrieron como locos delante del huracán, impulsados por él, que hacía crujir violentamente la tablazón vieja de la lancha. Las olas se alzaban ingentes, reventando en montes de espuma, y los salseros inundaban a los atrevidos navegantes que seguían rumbo al cabo, bajo la presión de la voluntad vigorosa del señor de Aponte.

Entoldado el cielo por gruesas nubes negras, y cegados los marineros por el agua y los espumarajos que rompían contra la barca, los marineros no sabían adónde iban. Uno de ellos, el rapaz, creyó entonces oír algo como un gemir musical, dolorido, penetrante... Y al punto mismo, la vela, partido el mástil, les cayó encima. Anaco gritó:

—¡Nos valga San Amaro! ¡La Serpe!

La barca, rápidamente, se hundía. Don Gonzalo sintió frío, mucho frío, y un gusto salado en la boca. Luego le pareció que le asían de los cabellos, que llevaba en melena, a la moda de entonces. Una ola enorme le arrastró. Ya nadie le agarraba; bajaba a pico al abismo.

De los tripulantes, dos volvieron a la playa, magullados, pero vivos. Los otros dos, el señor de Aponte y Anaco, al pronto, no parecieron. Por fin, el cuerpo del rapaz salió. El tío Salnés, llorando, fue a contar a doña Laura que él quiso evitar la fatal ex-

pedición, pero que el señor le había obligado. Y refirió cómo intentó salvarle, cogiéndole de la melena, y cómo don Gonzalo parecía empeñado en irse al fondo.

Delirante, doña Laura pedía a voces el cadáver de su esposo. Se buscó y rebuscó cien veces, se hicieron todas las pesquisas, bucearon los mejores nadadores. Ni señal, ni rastro. Entonces la viuda, con sus propias manos, tendió un paño negro, según la costumbre del país, sobre el blasón fatídico de la torre de la Serpe.

II

AL arrodillarse en su oratorio para rezar por el alma, sin duda pecadora, de su esposo, la señora de Aponte había visto la manilla depositada al pie de la Virgen por este mismo antes de salir a la fatal expedición. Consultó, anegada en lágrimas, a fray Berte, y entre sollozos expresó dudas y temores indefinibles que agravaban su pena.

—En ello anduvo mujer, fray Berte... Mujer, por fuerza... Esta manilla nos da la prueba clara.

El fraile, después de meditar un momento y de contemplar y dar vueltas a la joya, contestó:

—Sosiegue el corazón, doña Laura. Harta desdicha es ya la suya, sin que la aumente con sospechas que agravian a un muerto. Don Gonzalo guardaba la fidelidad conyugal, y aquí tampoco había, piénselo bien vuesa merced, quien a ella pudiese inducirle a faltar.

—Fray Berte —declaró impetuosamente la señora—, esos pecadores con quienes tanto gustaba de estar mi esposo tienen hijas...

—No gastarán ajorcas como ésta —replicó el fraile—. Y don Gonzalo nunca visitaba las chozas de los pescadores. Solamente estaba con ellos embarcado. En el mar no hay mozas que inciten...

Con acento profundo articuló la viuda:

—¡El mar! ¡El mar! ¡Qué sabemos lo que hay en el mar!

Quedó aquí la conversación. Doña Laura cogió la manilla, y con un estremecimiento de repugnancia la arrojó al fondo de una alacena donde se guardaban trastos inútiles. Algunas veces pensaba en ella, y recordaba que, entre las labores de filigrana

que formaban el aro, había unas partículas verdes y diminutas, como restos de algas marinas.

Si hubiese interrogado despacio al tío Salnés, sabría que la ajorca procedía del lance de pesca del día anterior a la desgracia. Pero, abismada en su dolor y en sus insensatos celos póstumos, no pensó en preguntar al viejo marinero. Su vida quedó envuelta en una sombría tiniebla de celosa cólera, siendo sus celos tanto más incurables, cuanto menos concretas sus causas. Cambió totalmente de manera de ser. Su lujo y elegancia desaparecieron. Entregada a un ascetismo iracundo su dueña, la torre da Serpe se convirtió en un cenobio; nunca más se oyó la guzla de Saida, la esclava mora; y aunque se vivía con el antiguo bienestar, la existencia era como vacía, rígida e inerte, regulada por hábitos monótonos y por prácticas devotas, siempre iguales.

Lo único que animaba un poco el palacio era el niño, Gonzaliño de Aponte. Crecía en estatura y en vigor, y era gentil y bello como un astro, y de estampa más gallarda que había sido ningún da Serpe, si se había de creer a la voz del pueblo. Orlada con la melena puesta de moda desde los Trastamaras, su cara era oval, pálida y fina, y sus ojos de un verde glauco, como el mar en los días tempestuosos; sus facciones, expresivas; su boca, roja y dibujada como por delicado cincel de imaginero, tenía un gesto altivo y desdenoso. Se le juzgaba huraño y retraído, y no manifestaba inclinación a ningún juego. Lo único que le atraía, con atractivo al parecer invencible, era el mar. Y se trataba de la fruta prohibida, pues doña Laura había dado a este respecto las más terminantes órdenes: el doncel da Serpe no pisaría las tablas de una embarcación bajo ningún pretexto. Fray Ber-te, que al envejecer se hacía más desconfiado y receloso, vigilaba, y con él se las habría quien intentase sacar a Gonzaliño de la tierra firme. Encargado de la instrucción del heredero de Apon-te, y con la mejor fe del mundo, creyó inspirarle horror al mar refiriéndole todas las leyendas siniestras que acerca de él se encuentran en libros viejos. Le habló de Océano Tenebroso, donde no se ven los límites de la masa de agua y donde sólo se oye salir, de entre la espesa niebla, el ruido formidable de las cataratas que se despeñan al vacío infinito del último término del mun-

do; le habló de enormes serpientes, que de un coletazo echan a pique un navío, y de ballenas sobre cuyo lomo dice la misa un santo tomándolas por una isla; de buques, en que navegan muertos, y descarnados esqueletos empuñan la caña del timón; de pulpos colosales, que asen al bañista imprudente y le arrastran al fondo, sujetándole, con sus hórridas ventosas; de remolinos, que se sorben a los barcos; de raros peces, que comunican un temblor a los que los tropiezan y los dejan como impedidos; de cuantos riesgos y espantos encierran las olas que cubren tanta parte de nuestro globo... El muchacho, al pintarle este cuadro medroso el fraile, solía argüirle con la afición que habían demostrado los de su Orden a los viajes lejanos.

—Si tan mala cosa fuese embarcarse, el patriarca san Francisco no se embarcaría, fray Berte.

—Era por agradar a Dios, era por difundir el Evangelio entre los que no lo conocían —replicaba el preceptor, acorralado.

—Pues yo, fray Berte, quiero ser misionero también. Entraré en la Orden y me enviarán allá lejos, ¿no es verdad?

Al referir estas pláticas a la madre, el fraile manifestó cierta tendencia a aprobar el deseo del muchacho. Sin duda era una inspiración del cielo, que evitaría al mozo el desgraciado sino que amenazaba siempre a la familia.

—Parece mentira —saltó doña Laura— que su reverencia, varón piadoso y grave, me hable de sinos y de otras brujerías. Mi hijo no ha nacido para vestir el hábito monacal ni para que le afeiten en cerquillo. Tiene que perpetuar el nombre ilustre de los Apontes, y es preciso empezar a buscarle una esposa de su rango que le quite de la cabeza todas esas ideas de mar y de viajes, funestas y malditas.

—Bien está —respondió algo ofendido el fraile— que Gonzalíño se case, como es natural y justo; pero pudiera ocurrir que ni por esas se le olvidase el mar... ¡No se le olvidó a su noble padre!

Aún no había concluido de decirlo y ya se arrepentía el excelente religioso, porque los ojos de doña Laura se arrasaron en llanto de fuego, y el peso de su dolor le vino a la boca en una queja ronca y ahogada.

—Perdone vuesa merced... No fue mi intento...

—No le importe, padre Berte... Eso que dice lo he pensado ya hartas veces a mis solas... ¡Qué tendrá el mar, qué tendrá para estos Apontes!

—Algo tiene... No les agrada ni les llama otra cosa sino el mar. No doy crédito a *meigallos*, pero la gente sencilla cree que el primer Aponte fue arrojado a esta playa por las olas y que lo amamantó un pez. Los papeles del convento, sin embargo, no traen esta conseja. Yo he pensado, doña Laura, que lo mejor será, a la vuelta de tres años o cuatro, cuando ya no podremos contener a Gonzaliño y se nos escapará para embarcarse, que se lo lleve vuesa merced a Compostela, y vivan allí, libres del influjo de esta costa y de estos lugares de tan pésima recordación.

Apreció doña Laura el valor del consejo, que era acertado; pero la dama no podía seguirlo. Atada estaba a aquella orilla por su pasión violenta, por su esperanza insensata de que el mar devolviese la presa un día u otro. Y corrieron muchos, y Gonzaliño empezó a disponer de sí. Lo mismo que su padre, se pasaba el día en las peñas, en las escolleras, fraternizando con los pescadores, ayudándoles a redar, nadando incansablemente, zambulléndose en los *oleiros* o concavidades donde el agua es más profunda. Tardó su madre, absorta en el recuerdo, en enterarse de la vida que el heredero llevaba; por fin, se lo notició una de sus servidoras, la hermana de leche de Gonzaliño, hija de la pescadora que lo había criado. Llamó la madre al hijo a su oratorio, y ante la Virgen *Abrideira*, con solemnidad extraña, le ordenó que dijese la verdad acerca de su desobediencia y de sus correrías. El mozo, firme e impávido, oyó a su madre y habló luego con energía respetuosa. Sí, se embarcaba, le gustaba aquel ejercicio, y como en ello no había pecado ni cosa ilícita, porque su mismo confesor fray Berte no había podido decirle en conciencia que lo hubiese, no prometía abstenerse de salir al mar, sino que, al contrario, no teniendo ahora lancha propia la casa de Aponte, había encargado una para que no se diese más el caso de que el heredero de Aponte anduviese de prestado en barcas de sus siervos naturales. Y cuando la aterrada señora le habló de salir de la Serpe, de no volver más, el doncel repuso, con mayores ánimos aún:

—Perdóneme, madre y señora; pero no es bien abandonar el solar de Aponte. Aquí he nacido, aquí he crecido y aquí me quedaré mientras sea servido Dios de darme vida. Y si salgo de aquí, será para cruzar los mares, para ver nuevas tierras y nuevos países.

La madre le miraba fijamente, conteniendo el enojo que se quería desbordar. ¿Era aquél su Gonzaliño, tan callado, tan humilde? ¿Cómo se atrevía...? Al fin, encendida de enojo y pesar, rompió a decirle:

—Según eso, hijo, ¿no queréis casaros, no queréis asegurar el linaje?

—Asegurar el linaje, sí quiero —declaró, después de un momento de vacilación, el mozo—; pero con dama que me plazca, a mi voluntad, que para casamiento ha de haber puerta de amor, y yo no tomaré esposa que no me tenga encadenado a sus pies.

—Hijo —murmuró la señora—, la esposa que te he buscado es como una rosa de mayo y no ha cumplido los veinte. Se llama Clarinda de Montenegro y tiene sangre de Aponte, pues es sobrina mía. En linaje y en hacienda es como hecha para ti. Irás a verla y a cortejarla, y segura estoy de que saldrás prendado.

No podía Gonzaliño negarse a cosa tan justa. Vería a la doncella, y si no le era grata lo diría sinceramente. Se habló del viaje, se fijó su fecha —la Pascua de Resurrección— y se convino en que fray Berte acompañaría al mozo. Y mientras llegaba el tiempo señalado, el doncel de Aponte se entregaba más que nunca a su afición a la vida del mar. Dispuesta ya la barca nueva, en ella salía todas las mañanas, y ni para almorzar volvía al palacio, sino que participaba de la calderada de los marineros. El odre de vino viejo corría en las *cuncas*, y la pesca se repartía. Gonzalo dormía su siesta cara al sol, sobre el montón de redes húmedas. Su piel se curtía; a su color quebrado sucedía un tono moreno, sobre el cual brillaban como esmeraldas los ojos verdes. Sus brazos, musculosos y descubiertos, estaban arañados de las aletas de los peces que se defienden al desenredarlos. Sus pies ágiles corrían descalzos por la borda de la embarcación. Oía a marea y a hierbas salobres. Los marineros le adoraban.

Entre ellos figuraba el viejo Salnés testigo de la muerte de Aponte el padre. El hijo quiso oír la relación del trágico suceso.

Nada, la cosa más sencilla: un salto del viento, un desate de la tempestad, que les cogió desprevenidos... Es decir, él, Salnés, se lo tenía avisado al señor. Aquella mar como plomo no anunciaba nada bueno. Cumplía poner la proa hacia la playa, y cuanto más pronto. Pero el señor no consintió oír tal cosa. Quería, en aquel instante mismo, buscar la *furna* de la Serpe...

Gonzaliño se estremeció. Sus ojos destellaron una chispa fosfórica.

—¿La *furna* de la Serpe? —repitió con intensa curiosidad.

—¡Boh! ¡Señoriño, meiguerías! —declaró Salnés—. Nunca tal *furna* vi, y aventuro cuanto se quiera a que no la hay. Pero el señor mi amo, jurando que lo había visto en papeles del convento, que había semejante cova... Y la buscaba allá, en el promontorio, donde es más brava la mar. Por eso pasó lo que pasó: ¡que allí las olas eran como montañas! La barca también iba vieja y se escachizó; no era como ésta de ahora, que con ella hago yo la travesía de Inglaterra sin miedo. ¡Vaya una barca, y qué madera, y qué clavazones, y qué costillas!

Cuando el marinero hablaba así, Gonzaliño se fijó en la barca. Era, en efecto una recia y sólida embarcación, y al mismo tiempo ligera y de fácil gobierno. La habían pintado de rojo muy oscuro, y en la proa notó el mozo una figura singular, que tenía algo de femenino y algo de dragón o pez muy escamoso.

—Es la Serpe —declaró el otro marinero, Vieira.

Gonzalo nada contestó. No era sorprendente que en la lancha del castillo de la Serpe esculpiesen el blasón de la familia. Por primera vez el muchacho observaba los caracteres de este blasón distinto de todos los demás, blasón de leyenda marítima.

—Según eso —preguntó—, ¿no se encontró la tal *furna*?

—¡Qué se había de encontrar! Lo que se encontró fue la desgracia... El señor, mi amo, que nadaba tan bien, por fuerza tuvo *una* calambre, porque no se defendió y se dejó ir a fondo. Yo le agarré de los pelos, con perdón de la cara del señoriño; pero como no hizo por subir, se me escapó de las manos. Fue derecho abajo, hasta que se desapareció.

Gonzaliño, instintivamente, hizo la señal de la cruz.

—¿No se ahogó también un marinero?

—Sí, por cierto... Un rapaz, que tenía de *alcume* Anaco, porque no abultaba más que un estroño. Ese ahogose.

—Porque vio la Serpe —intervino Vieira, que con el buen vino de las bodegas del palacio traía muy suelta la lengua—. ¡Los que vieron la Serpe ese día afogáronse, señor!

—¿Es verdad eso, Salnés? —interrogó Gonzaliño, cuya respiración parecía suspendida y cuyos ojos centelleaban.

—Señor, verdade no le puede sere. No hay semejante Serpe, perdonando su mercé, y dice fray Berte que es pecado mortal dar crédito a esas invenciones. El hombre, a las veces, piensa que ve lo que no ve. Yo llevo ya cuarenta y cinco años navegando por estas mares y nunca la Serpe vi. Hay marineros que claman que la ven, y otros juran que quien la ve muere. ¿Qué se ha de hacere, señoriño? ¡Estaba allí la hora de su padre, que Dios le tenga en la gloria, según era de bueno y de llano y de valiente en el mar! Tanto da morir en el agua como en la tierra, y si no pude alzarle, no fue culpa mía, ¡bien lo sabe San Amaro! Ofrecí ir descalzo a la ermita, si sacaba salvo al señor. Pero íbase de tan buena gana a los hondos, que no se le podía valere...

Cuando hacía este relato el marinero, la luna asomaba, incandescente, de encendido topacio, sobre las olas dormidas. Rieles inflamados señalaron su aparición. Una sensación de frío se apoderó de Gonzalo. Cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró, escuchando el chapaletéo de los remos que le acercaban a la orilla.

III

NO muchos días después vino de Compostela un fraile del convento de Valdediós, y trajo un encargo para doña Laura. Era un mensaje del señor de Montenegro, y una placa de cobre, donde aparecía pintado un rostro de mujer. La damisela de Montenegro enviaba su retrato al futuro esposo.

Cándida en la expresión, delicada en los lineamentos, con algo de infantil y de virginal en su belleza, la imagen agradó al doncel, que la miró muy a menudo, teniéndola y guardándola en su camarín, como si quisiese empezar a no separarse de ella.

Y viendo en tan buen camino sus propósitos, doña Laura resolvió inmediatamente el viaje del mozo a Compostela, acompañado de fray Berte, y con buena provisión de dinero para vestirse de gala allí. Algunas joyas de gran precio, que la viuda de Aponte, desde su desgracia, no quería ni ver, cuanto más usar, fueron enviadas como presente. Al envolverlas y guardarlas en el cofre de cedro con herrajes de plata, Gonzaliño recordó que había visto un rico brazalete, tirado en una alacena, sin aprecio. Lo recogió y lo examinó, y, al recibir el reflejo irisado de las tres redondas perlas que lo guarnecían, pensó en que era presea muy rara y rica para ofrendarla a una novia. ¿Por qué la habrían dejado allí arrinconada, sin estimación, y por qué se veían en ella microscópicos pedazos de conchas y restos menudísimos, ya secos, de algas? No cabía duda, aquella prenda había estado largo tiempo en el fondo del mar. Con pueril entusiasmo, el doncel miró y remiró la joya, asombrado del oriente de las perlas y de la primorosa labor del oro. El trabajo revelaba la antigüedad de aquel aro misterioso, y Gonzalo pensaba en la muñeca que habría aprisionado allá en remotas edades. ¿Dónde estaría

la carne fina y rosada que cubría el hueso de aquella muñeca? Parecíale a Gonzalo que veía tal hueso, blanco y descarnado, y la mano esqueletada que se adhería al despojo. Por enlace de ideas pensó en los pobres huesos de su padre, que también rodarían a merced de las corrientes, entre arena, porque nunca había devuelto su presa el mar, y tal hecho era motivo de eterna añoranza para la viuda de Aponte, y tema de conversación inagotable para el pueblo y la gente marinera. ¡Un Aponte imposibilitado de recibir tierra sagrada! No faltaba quien dijese —Vieira, el crédulo, era uno— que el señor de Aponte no había muerto; que la Serpe, autora de la tempestad en que zozobró, desbaratada, la barca de Salnés, le guardaba, prendada de él, en sus palacios. Lo peor fue que tan tétricas consejas llegaron a oídos de la viuda, celosa y desesperada aún más allá de la muerte.

Al recoger la fatal joya, Gonzaliño la escondió en el cofre de cedro. Un momento vaciló en su propósito matrimonial. Dijérase que el mar recobraba la sugestión que sobre él ejercía y que de nuevo sentía aquel ansia de ir lejos, lejos, por la líquida extensión, recorriendo siempre nuevas costas, visitando extraños países, en lucha con los elementos —la inquietud de los Aponetes, nunca satisfecha—, y la vida serena del hogar no le ofrecía más que tedio. Apretó, sin embargo, fray Berte en los preparativos del viaje, y no paró hasta que, en linda yegua alazana el mozo y en pacífica mula el fraile, salieron hacia la grandiosa ciudad del Apóstol.

Y a los seis u ocho días de residencia en ella, Gonzalo había olvidado casi sus ansiedades y sus zozobras de la Serpe, y se sentía regocijado, feliz, joven, en fin, con la disposición a la alegría que llevan consigo, generalmente, los pocos años. Todo el sombrío ambiente del secular castillo se desvanecía, como la niebla de una noche de invierno al asomar el primer rayo de sol, y hasta notaba el doncel una sensación inexplicable: le parecía que aquellos largos períodos de retraimiento en las solemnes estancias del palacio solariego y aquellas temporadas pasadas en el mar, entre pescadores, respirando la brisa bravía y salitrosa, no habían existido; eran un devaneo de su imaginación. Sólo encontraba interés palpitante de realidad a las radiantes horas al lado de Clarinda de Montenegro, su graciosa prometida. Como

dos niños que eran, reían, y jugaban, y se hacían travesuras, mientras el padre conversaba con fray Berte, ante ancha mesa, que sostenían hierros artísticamente retorcidos, y donde humeaba, en rica y pesada salvilla, el pocillo de chocolate, nuevo lujo que ya todos los gastrónomos iban apreciando. Fray Berte no conocía aún esta bebida deliciosa que el emperador Moctezuma absorbía antes de visitar su serrallo, pero sólo por ella daba por bien empleado el viaje desde la lejana orilla de Finisterre a la urbe donde todavía quedaban huellas de la grandeza que la hizo, en la Edad Media, uno de los más poderosos centros de civilización del mundo.

El señor de Montenegro, hombre muy conocedor de la vida y muy versado en los sucesos de su edad, que había sido corregidor mayor y desempeñado otros cargos no menos importantes, era persona de prudencia y seso, y además curioso de suyo, y vio en fray Berte un excelente medio de información para salir de ciertas dudas acerca del verdadero modo de ser de su futuro yerno y de todos sus antecedentes de familia. Lo esclarecido de la sangre no lo ignoraba; de lo que no estaba tan bien enterado era de la fortuna de los Aponte. Había oído algo acerca de los gastos y del lujo exagerado de doña Laura en otros tiempos, y temía que hubiesen abierto brecha en aquella hacienda pingüe. El fraile le tranquilizó. Lejos de menguar, la riqueza de los Aponte había crecido durante la menor edad del heredero. Adquisiciones importantes, tierras extensas y fértiles en arbolado, productoras de centeno, y donde se empezaba a cultivar una simiente traída de América, que era amarilla como el oro, y cuya hoja apetecía el ganado, habían acrecido el caudal de Aponte, ya mejorado desde hacia más de un siglo. Satisfecho por esta parte, el señor de Montenegro todavía quiso saber otras cosas de muy diversa índole. La primera se refería a la muerte del padre de Gonzalo. Y el fraile, llevado del deseo de ser oído con interés y pasmo, que incita a tantas indiscreciones, soltó la lengua, y sacó a relucir lo que decía el vulgo sencillo respecto a la desaparición del cadáver, nunca devuelto por las olas que lo tragarón. Tirando del hilo de la conseja más reciente, salieron a plaza las restantes. El fraile, como sabemos, era sensato en este particular y alardeaba de considerar patrañas ri-

sibles las ideas respecto a la Serpe, a su influjo, a sus palacios encantados bajo el mar y a las demás referencias que rodeaban de un ambiente de leyenda a los señores de Aponte; pero, al opinar así, se le notaba la excitación, la impresión honda que estos cuentos causaban en él. Los rechazaba con demasiado calor para que no les diese algún crédito, involuntariamente.

Oíale con atención el señor de Montenegro, ensopando lentamente un bizcocho de canela en el amplio pocillo, colmado de la aromática bebida; y al llegar a un punto dado de la relación, le detuvo, alzando y moviendo la mano derecha.

—Alto ahí —ordenó—. Eso de que los Aponte no hayan tenido nunca más que un hijo, ¿es verdad o es invención de la gente crédula e ignorante?

—Eso, cuando menos —contestó el fraile—, es una verdad probada por la genealogía de la casa y por todos sus documentos. Nunca un Aponte tuvo más de un descendiente, y nunca ese descendiente murió antes de dejar en la tierra otro sucesor. Motivo ha sido este caso, asaz singular, para que el pueblo haya urdido otra conseja: que cuando un Aponte tenga dos hijos, acaecerá algo nunca visto y maravilloso en el linaje.

El señor de Montenegro se había quedado meditabundo. Sus cejas fruncidas y su actitud, descansando en la mano la barba, delataban cierta preocupación. El chocolate se enfriaba.

—Nuestra santa religión nos prohíbe creer estas hechicerías —declaró el fraile sentenciosamente.

—Cierto es que nos lo prohíbe —repuso el padre de Clarinda—; pero, con todo eso, considere, hermano, que no nos está vedado creer en los ardidés y añagazas del demonio, y parece que en todo lo que me ha referido danza el Malo con sus artes para perder las almas. Y que esta tradición viene muy de atrás, no puede negarse, una vez que el mismo blasón de los Aponte lo demuestra. En esa familia, la Serpe es una especie de trago o duende maléfico. Consulte, fray Berte, este caso con el padre definidor de Teología del convento de su Orden en Valdediós.

—Pero ¿qué quiere vuesa mercé, señor don Antonio que consulte yo, pecador de mí? Mil veces he dicho a mi señora doña Laura que se marche de ese castillo, tan peligroso para su familia, y se venga a residir a Compostela con su hijo. No he po-

dido reducirla a tal determinación, que sería su salvación ciertamente. No quiere salir de la Serpe. Tiene un cariño raro a aquellas paredes, porque ella las embelleció y las enriqueció; y para decirlo más claro, don Antonio, porque allí fue dichosa con su marido estando, como estaba, enamorada de él perdidamente, no menos que dicen lo estaba del suyo la buena y desdichada reina de Castilla doña Juana. Como ella, doña Laura no quiere apartarse del cuerpo de su esposo, aunque esté en el hondón de los mares; y temerosa de que su alma haya sido malficiada por la Serpe, no cesa de hacer sufragios, de implorar la misericordia divina para que don Gonzalo salga del Purgatorio...

Más nublado se puso el semblante del señor de Montenegro. Calló unos instantes, abismado en reflexiones. En aquel punto sonaron en el salón las risas de Clarinda y de su novio, y se oyó la voz simpática y juvenil del doncel de Aponte. El padre, al fin, sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Todas las familias, fray Berte, tienen sus quisicosas... El mozo parece cabal y honrado, y por nacimiento y hacienda es digno de mi Clarinda. Yo espero que, pues se quieren, harán excelente pareja, y hasta espero que por esta vez la tradición se quiebre, y vengan más de un hijo, y me den numerosos nietezuelos, que bien me agradaría verlos a mi alrededor antes de morir...

El fraile suspiró. Aquella hipótesis de los muchos nietezuelos le causaba, sin saber por qué, una especie de angustia. Emplazada estaba la stirpe de Aponte, y lo trágico que se cernía sobre ella podía ser aquella fecundidad extraordinaria. Serían cuentos; pero así y todo...

Más que nunca el buen religioso notaba que, al rechazar con la razón y hasta con la fe de cristiano tales supersticiones, no podía evitar un terror vago. Era aprensión inevitable ante las fuerzas ocultas en la sombra...

El señor de Montenegro decía bien. La boda era lucida, no tenía pero. Sería locura deshacerla por necias hablillas del vulgo. Y fray Berte, encomendándose de todo corazón a Dios y a su santa Madre, resolvió desdeñar más que nunca consejas que, si en el ambiente de la Serpe no dejaban de causarle cierto involuntario malestar, en Compostela, a la sombra de la catedral

venerable, bajo la protección de la roja espada de Santiago, le parecían dignas sólo de la credulidad de un pobre pescantín como Vieira.

Entre tanto, los prometidos trocaban fuerzas, y Gonzalo ofrecía a Clarinda el cofre de cedro con herrajes de plata que contenía las hereditarias joyas, de las cuales se había desprendido doña Laura, que no había de usarlas ya nunca. Clarinda, con alegría infantil, admiró las patenas resplandecientes, los broches de diamantes, las finas agujetas, los hilos de granate, coral y aljófar, la soberbia gargantilla de esmeraldas; todo se lo probó, colgando los collares de su cuello y las arracadas de sus orejas; y ante una presea que estaba como oculta en un ángulo del cofre, lanzó una exclamación admirativa:

—¡Qué bonita! ¡Ahora mismo me la pongo y no me la quito ya!

Gonzalo sonrió. Era la manilla encontrada por él en una alacena del castillo lo que arrancaba tales manifestaciones de gozo a Clarinda de Montenegro. Deslizando en ella la mano menuda, la niña, ufanamente, hizo radiar al sol las tres gruesas perlas que se destacaban sobre la filigrana. Al punto mismo exhaló un grito ligero, y una palidez de rosa blanca se extendió sobre sus mejillas. A las afanosas preguntas de Gonzaliño contestó, ya rehecha:

—Me hirió un poco esta filigrana... Nada por cierto: un arañazo que ni lo siento ya.

Mirando en derredor y hallando que nadie les observaba, porque entonces (como ahora las *misses*) las dueñas no vigilaban siempre, Gonzaliño se inclinó y besó, transportado, el rasguño apenas visible. Clarinda olvidó al punto la heridilla y rió como una loca, amenazando a su futuro con el puñito cerrado. Gonzalo reía también. Nunca recordaba haberse reído así en el torreón de la Serpe... Se fijó día para el enlace. Ya era cosa cierta que doña Laura no vendría. Su resolución terca de no abandonar la orilla, donde seguía esperando que las olas le devolviesen unos restos queridos, o donde, por lo menos, tenía la ilusión de estar cerca de su muerto, pudo más que el deseo de presenciar la ceremonia. Verificose ésta en la capilla del palacio de Montenegro, y en Compostela se habló de ella un mes. Hubo

cena y pavana. La nobleza se juntó para felicitar a los desposados. Fuera, en la plaza, siervos y labriegos hacían también fiesta, y sus canciones resonaron toda la noche. Eran cantos prolongados, semejantes a los que hoy todavía se oyen la víspera del Santo Apóstol, la noche en que arde el fuego de artificio sobre la ostentosa fachada de la catedral. Una queja llena de lirismo brotaba de las canciones. Algunas eran más dolientes que las demás. Gonzaliño las reconocería, si hubiesen podido llegar a sus oídos, porque eran las de *allá*, las que cantaban marineros y pescadores; pero cuando, sentimentales y como penetradas de temblor de lágrimas, se alzaban en la magnificencia de la estrellada noche estas canciones de la costa brava, el doncel de Apon-te, ya esposo de Clarinda, gustaba mieles, que nunca conociera y destrenzaba unos cabellos hasta entonces sujetos bajo el artístico birrete que vemos en los retratos del siglo XVI. Y en los salones del palacio de Montenegro, a la luz de millares de velas de cera que iban ya agotándose, los convidados a la boda habían vuelto a sentarse a la mesa y, atendidos solícitamente por el señor de Montenegro, otra vez hacían la razón a los opíparos manjares, trasegaban copas de vinos exquisitos, guardados muchos años en bodegas oscuras, y saboreaban los dulces, enviados para tal ocasión por las monjas, los almendrados y las tropezadas, las «encomiendas», las jaleas, el limoncillo...

IV

EL pan de la boda y el de la tornaboda lo comieron en Compostela Gonzalo de Aponte y la que ya era su mujer, y la parentela de Aponte y Montenegro, de ambas casas, a porfía se desvivió en obsequiarles y ofrecerles banquetes y meriendas. A caballo visitaron los pazos de los señores, que empezaban a esmerarse en edificar residencias amplias y ostentosas, ahora que las torres de guerra no llenaban fin alguno. De la memoria de Gonzaliño se borraba el recuerdo de su solariego castillo, cercado de brumas y ensombrecido por agüeros. De buena gana se hubiese quedado en Compostela para toda su vida, entre cordialidades de amistad y venturas íntimas nupciales, con el rayo de sol de la risa de Clarinda, semejante al cristalino choque de dos vasos. Pero fray Berte estaba allí para despertar al adormecido por la fruta del loto, para recordarle su orilla natal. Era preciso, era indispensable que el hijo presentase a la madre la desposada; otra cosa fuera negra ingratitud, censurable desconsideración. Cumplido el deber, podrían volver al palacio de Montenegro. Ante todo, la obligación estricta de visitar a la desconsolada viuda, de llevar un poco de alivio, de familiar cariño, a su duelo tenaz.

La misma Clarinda, en este particular, ayudaba a fray Berte, insistiendo en la necesidad de ir a acompañar, a conocer, a alegrar a doña Laura. La primera parte del camino se acordó que la hiciese Clarinda en litera. Iban renovándose los fornidos gañanes que la porteban, y Clarinda, con su gracia afectuosa, les hablaba desde dentro, les decía bondades, los invitaba a parar cuando estuviesen fatigados, mandaba que les sacasen vino en las tabernas que al paso encontrasen. Y la servían con adoración,

y hasta hubo uno que robó fruta en un cercado para presentársela. Gonzalo iba al estribo, montando su yegua alazana, y detrás dos recias mulas, con sus espoliques, cargaban los reposteros de camino, bien surtidos por el despensero del señor de Montenegro. El viaje fue encantador, sazonado de juventud y ternura, hasta una jornada antes de llegar a la Serpe. A tal distancia los caminos eran infernales; no podían los portadores de la litera salir de las zanjas y hondonadas en que se prendían sus pies; y se acudió a que un carro del país, de grandes ruedas sin rayos, tirado por mansos bueyes y mullido de colchones, sirviese para transportar a Clarinda. Fue motivo de chanzas y algazara para los recién casados tal medio de locomoción; pero les aguló la broma la lluvia, que empezó a caer terca y abundante, y el viento desencadenado. Empapados y molidos divisaron la mole del convento de San Amaro, al cual se acogieron traspasados de frío.

Los frailes les recibieron en palmas; fray Berte no estaba allí, sino en el castillo, porque se había adelantado para avisar a doña Laura la próxima llegada de sus hijos; pero el prior se excedió en el obsequio y agasajo; hizo preparar cómodos aposentos para que los viajeros pasasen la noche; reconfortó con toda clase de viandas y bebidas a los carreteros; cebó con leña seca la chimenea monumental del refectorio, y, según la patriarcal costumbre del tiempo, al lado de la lumbre sirvió la cena, en denegrida mesa de roble, a los nobles viajeros. Al otro día, repuestos de sus molestias, apenas rayó el sol, prosiguieron la caminata y, antes de anochecer, llegaron al castillo.

Gonzaliño de Aponte, al pisar de nuevo su casa solariega, sintió que el corazón se le oprimía. Era algo físico: la sensación de un puño que se lo apretase con mano fría violenta. Al cansancio del viaje atribuyó Clarinda el hecho de que, en vez de la expansión natural del hijo que vuelve a ver a la madre, mostrase Gonzalo un abatimiento que se traducía en silencio hosco. Pero empezó a inquietarla el notar que, según pasaban los días, aquel estado de ánimo persistía y hasta parecía agravarse. Al pronto el engreimiento del amor triunfante hizo suponer a Clarinda que un mimo, unas palabras dulces, le valdrían la confianza de su velado, el cual le diría la causa de su ya visible preo-

cupación; mas con dolor vivo y taladrante, advirtió que ya no poseía la llave de oro de aquel espíritu. Nada duro ni ofensivo le decía Gonzalo a su esposa; pero estaba rota la misteriosa cadena que une las voluntades. Cuando Gonzalo se hallaba junto a ella era como si estuviese ausente. Sus ojos no la buscaban: se dirigían hacia otro punto del espacio, no se sabía adónde. Mejor dicho, no tardó Clarinda en saberlo. Los ojos de Gonzalo se orientaban hacia el sitio donde estaba la costa, donde rompían las olas con tumbo cóncavo y siniestro. Y, al cabo, un día, habló el de Aponte: lo que deseaba era hacer lo que siempre había hecho antes de casarse: embarcarse, ir a pescar, a dar bordadas. En efecto, desde la siguiente mañana Gonzalo desapareció del castillo, y no siempre volvía para acompañar a la mesa a su madre y a su mujer. Las pupilas garzas de Clarinda se nublaban con un vaho de llanto. Doña Laura, fatídicamente, anunciaba sus temores. La maléfica influencia del mar le había quitado al padre y ahora le iba a robar al hijo. Fray Berte consolaba a las dos damas; echaba a broma sus miedos. Siempre los Aponte habían sido aficionados a divertirse embarcándose y, hasta el anterior, ninguno sufrió accidente en el mar. Había que dejar a Gonzalino distraerse un poco. Y, por otro lado, el fraile amonestaba al mozo para que moderase sus anhelos de excursiones marítimas. Pero él no escuchaba advertencias ni consejos. Apenas amanecía, echaba a correr en dirección de la playa, donde le aguardaban ya sus marineros, al mando del viejo Salnés.

Desde el primer día había notificado al patrón que quería buscar lo que no había encontrado su padre: la cueva de la Serpe.

Salnés, mohíno, contestó lo de costumbre: que él nunca tal cueva había visto; que, por lo tanto, le era imposible saber por dónde dirigir las exploraciones. Pero, con gran sorpresa del patrón, Gonzalo afirmó que él lo sabía, que bastaba hacer rumbo al Occidente, al extremo del cabo, para que la cueva apareciese.

No pudo dudar Gonzalino de que nadie, ni los remeros ni el patrón, tenían gana de acometer tan peligrosa aventura. El escarmiento estaba casi reciente. Creyesen o no a pies juntillas en las leyendas que entretejían su raigambre de misterio alrededor del castillo, no podía olvidar que, en una empresa semejante,

habían perecido dos hombres, uno de ellos el señor, y se había descuadrado y descuadrado la barca, resistente a tantos temporales. Esas cosas de milagro y del otro mundo mejor era dejarlas quietas, icorcía! Y no atreviéndose a oponerse de frente al antojo del señorío, le entretenían proponiéndole partidas de pesca, alegando que el mar estaba entonces en «buena sazón». Lo estaba en realidad. Nunca tan fértil se había mostrado el inagotable seno que nutría a tanta pobre gente de la costa. Nunca tan soberbios ejemplares de peces habían salido a la superficie, y solamente los pulpos, secos y curados, darían sustento para el invierno todo. De la sardina se salaron barricas a miles. El ejercicio entretenía a Gonzalo, y un febril afán le agitaba cuando surgía de la red el espléndido botín. A mediodía, rendidos ya de luchar con las olas, paraban en alguna ensenada, saltaban en una playuela de arena fina y, recogiendo leña de pino marítimo, armaban la hoguera para la «calderada».

Con sus cuchillos de a bordo, los marineros rebanaban las cabezas de las merluzas, de los congrios, de los escachos, de los mújiles; destripaban y partían en dos las doradas, los salmonetes y los ponían en el caldero, a hervir en agua de mar, bajo la activa llama. Cuando los veían cocidos, quitaban la mitad del agua, reducida ya por el cocimiento, y arrimando al fuego una sartén, freían en ella ajo y cebolla, picados groseramente. A medio enfriar el aceite, añadían el rojo pimentón, pasando luego la sartenada al caldero para que todo junto bullese aún un cuarto de hora. El rapazuco que ahora tenía Salnés, al cual apodaban Melgacho, practicaba un refinamiento. Rellenaba los bandullos de los peces gordos con un picado de huevas e hígados, incorporando la morcilla a la calderada. Salían después a relucir los pedazos de pan de centeno, los cuencos de barro vidriado, la enorme fuente de la misma tierra. Un arqueólogo hubiese mirado con interés la humilde vajilla, decorada con la palmeta griega, en tonos amarillos sobre el rojo antiguo del barro. Los cuencos eran para el vino, que Gonzalo de Aponte regalaba siempre que salían a la mar con él

—Beberéis —les decía— a mi salud.

Y ellos se quitaban los gorros de ruda lana y murmuraban respetuosamente:

—¡Viva el señorío muchos años! ¡Y viva nuestra señora nueva, que mismo parece la *Virguen*!

En la fuente humeante, ayudándose con la raja de pan, metían las cucharas de palo, por turno. Gonzalo los imitaba. En su barca era un marinero más. Y sabor como aquél no lo había para su gusto. Un día, en una fulguración de pensamiento, se le había ocurrido que, en el fondo de aquella salsa que saboreaba, habrían flotado los huesos de su padre, cuyo cuerpo no devolvió el abismo. Ni tal idea pudo hacerle menos agradable la calderada, rociada con tragos que iban agotando la ya flácida bota, antes inflada de ulla delicioso. ¿Su padre estaba muerto realmente? Había momentos en que lo dudaba. ¿No viviría con vida sobrenatural en los palacios de la Serpe, donde ningún mortal ha penetrado? Mientras estas alucinantes cavilaciones torturaban su espíritu, Melgacho, el rapaz, cantaba con su fresca voz de adolescente canciones en dialecto. Eran nostálgicas y acababan siempre en interminable *ailalala*. Una de las triadas llamó la atención de Gonzalo. En ella se trataba de la Serpe, no cabía duda. El muchacho gemía:

iAi! iA Serpe sai do mare!...
iAi! iA Serpe ven pidindo
unha rede pra enredare!...
iAilalá! iAilalá!

—¿Quién te enseñó esa canción, rapaz? —preguntó vivamente Gonzalo.

—Cántanla en la aldea, señorío... Yo la adeprendí de los otros... Mi nai también la cantaba.

—Salnés —ordenó el de Aponte—, ya lo estás viendo: todos hablan de la Serpe. ¿Por qué será?

—Mí señor, ya sabe lo que le tengo dicho. Yo no la vi; yo no la oí cantare. Otros dicen que la oyeran. Aquí Vieira...

Vieira, aludido, agachó la cabeza y suspiró.

—Como verla, señorío...; bueno, en el mar es costoso ver... Pero oírla, por esa luz, tan cierto como que aquí estamos... Ya sabe el señor Salnés cuándo la oímos Anaco y yo. Fue el día... el día...

—El día —contestó el patrón rudamente— en que tú estabas chispo, y como Anaco murió, no vendrá atestiguar. Yo no oí palabra, así me salve el Señor. Lo que oí fue el viento y el burumbún del agua, que se tragaba todo.

—Bueno, patrón, bueno —insistió tozudo Vieira—. Los que no somos moros ni herejes y creemos en Dios..., icorcía...!, cuando vemos un milagre decimos que es milagre... ¿Vusté no vio la Serpe, ni la oyó cantar aquel día? No me desmentirá que algo de la Serpe encontramos el día antes...

—¿Qué? —interrogó ansioso Gonzalo—. ¿Qué encontrasteis? Dímelo, Salnés.

—Señoriño, lo que encontramos, tanto podía ser de la Serpe como no... Algún bulrista inventó que era de la Serpe lo que recogió nuestro señor el día antes de la desgracia.

—Pero, en fin, ¿qué era ello?

—Una cosa así..., a modo de un aro...

Y el patrón, señalando a su velluda y oscura muñeca, aclaró:

—Una cosa que llevan aquí las mujeres...

—¡Una manilla! —exclamó atónito Gonzaliño.

E insistiendo en la investigación, añadió:

—¿Una cosa como de oro?

—Eso no le puedo decir. Estaba todo cubierto de hierbas del mare. Pasaría sabe Dios los años debajo del agua. Señoriño, si quiere que le diga la santa verdá, yo tal cosa no recogería.

—Eso es como la claridá del sol —confirmó Vieira—. Su padre esqueciose de hacer la señal de la cruz cuando recogió tal pecado.

Hondo estremecimiento sufrió Gonzaliño. Recordó entonces, con todos sus detalles, cómo había cogido de la alacena la manilla, y con remordimiento cómo la había colocado él mismo en el cofrecillo de cedro en que iban las donas nupciales, y cómo Clarinda se la había ceñido a la muñeca. En todo esto no veía, ciertamente, nada de sobrenatural, ni aun le sorprendía que un despojo de naufragio pudiera venir en la red de unos pescadores. Hería, sin embargo, su imaginación la coincidencia del hallazgo de la manilla y la horrible muerte, al siguiente día, de su padre. Y en todo ello, la idea y el nombre de la Serpe aparecían mezclados de un modo singular, por la credulidad del pueblo,

que a veces, como en Salnés, toma aspecto de escepticismo. Seguro estaba Gonzalo de que, a pesar de cuanto alardeaba el patrón de desdeñar tales mentirerías, sería acogida con disgusto la orden que iba a darle, y que representaba el deseo de ver claro, de leer en sí mismo y en la realidad de todo aquel nebuloso tejido de consejas, cuentos de lar y viejas tradiciones; de conocer, si era posible, lo que significaba aquel blasón antiguo y aquella continua evocación de un ser fabuloso interviniendo en los destinos de la familia. Y con tono que no admitía réplica, exclamó, dirigiéndose a Salnés:

—Mañana, al amanecer, estaos preparados. Tenemos que hacer camino largo, porque hemos de ir en busca de la cueva de la Serpe. Para todos habrá vino del mejor...

El atezado semblante del viejo se puso de color de arcilla. Apretó los dientes, como si quisiese comerse una réplica. Y, al cabo, murmuró:

—Lo mismo me dijo su padre, que Dios le *dea* la gloria, el día antes de que..., el día antes de que...

Sonriose levemente el de Aponte, y, encarándose con el patrón, repuso:

—¿Tienes miedo, Salnés?

—No, señorío... Harase como su merced disponga.

AQUELLA misma noche, en el cerrado camarín de los esposos, Clarinda, en tono humilde y triste, dio a su marido tiernas quejas. Lamentose de no verle casi; de que pasase el día lejos de ella; de que viviese como uno más de los marineros de la costa; de que su espíritu estuviese como distraído y de que su amor enfriase cual brasa que se aparta del fuego. Y como Gonzaliño intentase tranquilizarla, prodigándole caricias, la niña se espontaneó, vació su corazón, cual se abre el cáliz de una rosa roja, toda temblorosa del goteo del rocío. Con los brazos anudados al cuello del mozo juntando su cara delicada con la de él donde empezaba a rizarse la barba color de miel de los Aponte, Clarinda gimió sus dudas, sus inquietudes celosas. Era el pensamiento de doña Laura que se había infiltrado en el alma de la joven esposa: era aquel mismo delirio que durante los largos años de la viudez no había cesado de atormentar a la señora de Aponte, sujetándola con el clavo candente de los celos póstumos a aquella orilla fatal donde su marido y dueño había perdido la vida. Ahora, iguales torturas sufría Clarinda, porque ella sabía, sabía lo que sabía... Como en otro tiempo el padre, el hijo era atraído por algo que en el mar tenía su asiento. Una sirena le llamaba, para hundirle en el remolino, lo propio que al padre, y no devolver siquiera sus restos... Ahogados sollozos acompañaron a esta parte de la confesión de Clarinda. Lo decían todos, no era fantasía: desde tiempo inmemorial, la estirpe tenía en el mar su pasión, lo que arrastra por encima de los respetos humanos, del deber y de la conciencia.

—Pero ¿quién te ha soplado tales desatinos? —interrogó Gon-

zalo—. No, no me respondas, porque no hace falta... ¡Ya sé que es mi madre, y quizás también fray Berte!

—No —replicó vivamente Clarinda—. Fray Berte, al contrario, me dice que es pecado tal idea.

—¿Lo ves? Vamos, prométeme no pensar más disparates.

—Y tú prométeme que nos iremos a Compostela cuanto antes —imploró con vehemencia la niña—. Desde que estoy aquí no he gozado una hora de felicidad. Y, además, siempre tengo miedo, imucho miedo!

Al decir esto se apretaba contra su marido, estremecida. Gonzalo, entonces, reparó que, bajo la manga de lino de su túnica interior, llevaba Clarinda la manilla de la Serpe... Así la nombró para sí, sin querer. Suavemente trató de quitársela; pero parecía formar una sola cosa con la muñeca.

—Pero ¿de qué tienes miedo? —preguntó, en tono festivo, el mozo, estrechando más a su esposa.

—De todo... Gonzalo, oye... Tengo miedo a morir... Estoy... Estoy...

La respuesta fue ardiente, loca:

—¡Clarinda, mi Clarinda, mi cielo!

A media palabra, Gonzalo había comprendido. Una emoción profunda, férvida, se apoderó de él. El linaje de Aponte, una vez más, se perpetuaba. Con expansión victoriosa lanzó la promesa, la consoladora promesa:

—Mañana será el último día en que yo salga a la mar. Te lo prometo. ¿Estás contenta?

La niña articuló débilmente:

—¿Por la memoria de tu padre?

—Por su memoria.

Poco después de la promesa, Clarinda dormía un sueño angelical. La lámpara de plata, llena de perfumado aceite, que alumbraba el camarín, ardía aún cuando Gonzalo dejó el lecho silenciosamente, por no despertar a su esposa, y pasó a otro aposento, donde se vistió como para sus excursiones marítimas. Lo había prometido y lo cumpliría: por última vez iba a satisfacer ese instinto indefinible que llevaba a los Aponte hacia las olas y las brumas oceánicas. Ahora tenía que obedecer a otro instinto sagrado y natural: velar por *lo* que venía y por la que lo llevaba

en su seno. Hoy saldría de dudas respecto a la cueva famosa, y si no existía, él sería el primero que se riese de vanas leyendas y de necias invenciones. Era preciso que, de una vez, rasgase el velo que cubría el enigma. Quizás no hubiese nada detrás de ese velo.

Desde que saltó en la barca, dispuso Gonzaliño que hiciesen rumbo al cabo aprovechando el viento favorable que se alzaba y estremecía la vela.

Como así y todo la embarcación marchaba despacio, empuñaron los remos y avanzaron deslizándose como se deslizaría una gaviota, cortando el agua con sedoso ruido. No tardó en salir a un mar más agitado, de más cuidado que el antes recorrido. Las olas se encabritaban sin que pudiera decirse que había tormenta. Empezaba a dibujarse el perfil sombrío del cabo, avanzando mar adentro rodeado de rompientes formidables. Subía la espuma más alta que los escollos, y se deshacía luego en líquidas sábanas para volver a encrespase furiosa.

Salnés, rascando su cabeza greñuda y sacudiendo después con el dorso de la mano las gotas del sudor que le corría por la faz, se atrevió a decir:

—Mi señoriño, y luego, ¿adónde vamos? Porque el cabo es éste y no veo por dónde arrimare.

—Hay que arrimar al cabo —respondió lacónicamente el de Aponte—. En el cabo está la boca de la furna.

—¡Ay, señore! —insistió el marinero—. Yo no sé de tal boca, y mal se podrá arrimare, porque iremos a pegar en las peñas.

—Arrima cuanto puedas y no me repliques —insistió altaneramente Gonzalo.

Suspiró Salnés. Iban, si no a la muerte, a destrizar la embarcación. Por un momento, en su alma primitiva, sumisa por hábito, relampagueó la posibilidad de una rebeldía bien intencionada. Pero el mismo señor de Aponte había asido un remo y ayudaba a la faena. Iban derechos a los escollos.

Un choque violento sacudió la embarcación. Fue como si la hubiesen dado a traición una puñalada. Por sus entrañas rotas el agua entraba a torrentes. No hubo ni tiempo de defenderse contra la invasión del oleaje. Entre el rugir del agua fue barri-da la tripulación de la barca, lanzada en distintas direcciones.

Vigorosamente, cegados por la espuma, los tres marineros nadaron, defendiendo su vida como Dios les dio a entender. Suponían que el señoriño también se salvaba a nado. Fuera de las intermediaciones del cabo, no estaba la mar tan mala que dificultase el salvamento. Y, en efecto, los tres marineros salieron rendidos, pero vivos y sanos, a una playita próxima. Entonces se preguntaron los unos a los otros por Gonzalo de Aponte. Nada sabían; nada habían visto. En toda la extensión del mar, ahora ya más sereno que nunca, rizado solamente por olitas diminutas, como rebaño de borregos blancos, no asomaba náufrago alguno, no emergía una cabeza de nadador desesperado, luchando por salir a la orilla. Afligidos, aturcidos por la idea de haber visto, por segunda vez, cómo el mar se tragaba a su señor, los marineros emprendieron el camino por la costa, a fin de presentarse en el castillo e informar de lo sucedido a doña Laura. Corrían, descalzos, trémulos bajo el peso de su grave responsabilidad.

Entre tanto, Gonzalo, que, aturcido por el golpe, había caído al fondo, sentíase cogido por una corriente impetuosa, submarina, y arrastrado hacia un lugar que al pronto no supo discernir. Parecía que bajaba rápidamente entre dos paredes, casi sin hueco para moverse y resistir, a alguna desconocida profundidad, y al mismo tiempo creía sentir que el agua, en la cual flotaba su cuerpo, se retiraba y le iba dejando en seco, sobre algo blando y liso. Abrió los ojos. Una luz que parecía filtrada por las olas, como si pasase al través de un vidrio verde, le permitió darse cuenta de que descansaba sobre un lecho de arena compacta, y, sobre su cabeza, una bóveda de piedra desplegaba su arco, roto aquí y allí por estalactitas caprichosas. Gonzalo no dudó ni un instante. Se lo dijo el latido tumultuoso de su corazón. Al arrebatarse el mar, por debajo de su superficie había entrado en una boca o conducto angostísimo que desembocaba en una cueva. ¡La cueva da Serpe! Al retirarse, la marea le había dejado en seco, y el misterio de la célebre cueva se le revelaba.

A esta convicción siguió necesariamente otra. La cueva estaba solitaria. No se encontraba allí la Serpe. Podía, pues, Gonzalo, ya convencido de la vanidad de la leyenda, buscar la salida y volverse a su hogar, roto el maleficio, curado para siempre de la inexplicable enfermedad que aquejaba a los de su linaje.

Con esta persuasión, resolvió evadirse de aquel antro. Por mar le parecía difícil, sin grave riesgo de ahogarse, pues apenas se explicaba cómo había podido penetrar por el conducto, que sin duda habían ido obstruyendo y tapando las arenas. A este progresivo trabajo de las arenas se debía acaso que en otro tiempo fuese conocida la cueva de la Serpe, y hoy jurasen los marineros que no tenían de ella la menor noticia.

Hacíase estas reflexiones Gonzalo con la mayor sangre fría, como si no estuviese en la anormal situación de no saber por dónde salir de la cueva. Incorporándose y estirando sus miembros, medio paralizados por el frío de la mojadura, echó a andar hacia el extremo de aquel recinto. Quería ver si continuaba, y pudo cerciorarse de que una especie de hendidura vertical en las rocas de la pared del fondo daba acceso a otra sala, más alta, en el centro de la cual corría una fuentecilla, un raudal que se deslizaba por las peñas. Gonzalo tenía sed y estaba muy fatigado. Acercó los labios al raudal y bebió. El agua era ligeramente amarga y fresca, como la que atesoran dentro de sus valvas las ostras y los berberechos.

Cuanta más bebía, más crecía su ansia de beber. Y cuando, por fin, no del todo saciado, alzó la cabeza, sintió un deslumbramiento. La sala parecía una esmeralda inmensa. Una luz refulgente y suave lo iluminaba todo. Al fondo abríase un arco gigantesco, sostenido por pilares de granito, y tras él se divisaba un lago que parecía de cristal. Una voz sin eco, que sonaba dentro del mismo cerebro de Gonzalo, le susurraba: «Échate a ese lago sin temor.» Así lo hizo el de Aponte. El agua clara, diáfana, se desviaba para abrirle paso, y él bajaba, bajaba, igual que se baja en sueños, hasta unas praderías de medusas y algas, verdes y lozanas como un prado terrestre. Golfines y peces de azul dorso, otros como de oro y rubí, pacían las marinas hierbas y saltaban entre ellas, retozándose y persiguiéndose. No tardó Gonzalo en divisar unos palacios cristalinos también, de transparentes murallas, rodeados de matorrales de coral y enormes conchas de madreperla. Su corazón latió aprisa. ¡Eran los palacios de la Serpe!

Eran los palacios tal cual la leyenda los describía: espléndidos y fabulosos, a la vez de pesadilla y de encanto. Para llegar a la

escalinata de zafiro que les daba acceso, era necesario saltar un foso profundo, en que se hacinaban despojos de embarcaciones perdidas y esqueletos de naufragos. Gonzalo tembló. Por fin, saltó el foso y subió por la escalinata rápidamente. Y en la soberbia antecámara, una aparición le hizo caer de rodillas. Envuelta en amplia red de oro, que cubría la forma de su cuerpo desde la cintura abajo, coronada de algas, con cascadas perlíferas al cuello, una hermosa mujer le abría los brazos. En ellos, sin titubear, se precipitó el de Aponte. A su alrededor, instrumentos exóticos, bocinas y caracolas, arpas roncadas y sollozantes como el viento en las jarcias, hacían una música semisalvaje y, dominándola, un coro de voces humanas, lejanísimas, apagadas, en sordina, salmodiaba la canción del rapaz:

¡Ai! ¡A Serpe sai do mare!...

Los *ailalás* que la acompañaban eran de un desconsuelo sin límites. Gonzalo, al oírlos, sentía una impresión como de renunciación a la vida. El ansia de morir se apoderaba de él, morir como su padre, abismado en el seno de las olas, disuelto para siempre entre sus masas líquidas y enormes, sin volver jamás a la tierra y sin que sus mismos huesos diesen testimonio de que alguna vez había existido. Allí, en el agua, estaba su patria verdadera, la patria del linaje, la que siempre llamaba a los Aponete con voces intensas y sugestivas y les abría los brazos para retenerlos en ellos. Y la representación de esa patria terrible era la mujer que sonreía a Gonzalo con sonrisa dolorida y ardiente, y le miraba con ojos líquidos, azules, como era su piel desde la cintura, donde empezaba a señalarse su forma de pez monstruoso, bífido y cubierto, al final de las extremidades inferiores, de unas escamas diamantinas extremadamente delicadas, como obra de joyero. Y Gonzalo, desviando ávidamente la red, contemplaba y acariciaba, transportado, la forma de pesadilla de la Serpe, del numen de su familia, de la eterna seductora de los Aponete. Su boca bebía, en los corales de la boca de la aparición, un agua exquisita, hecha de lágrimas y de sales que impulsaban a beber más y más. Al devorar con los ojos aquella figura de ensueño, Gonzalo dudaba si los blancos y puros dientes eran ro-

dadas guijas, si los labios eran ramillas coralíferas, si los sueltos cabellos eran arborescencias marinas de las que crecen en el hueco de los escollos, y si los ojos que le devoraban eran aguamariñas, procedentes de naufragios seculares. Y la mezcla de pasión y horror creció al notar que la red de oro que antes cubría el cuerpo de la Serpe ahora se ceñía al suyo, y le apretaba estrechamente, y paralizaba sus movimientos, siéndole imposible resistir y desligarse. Cada vez las mallas le oprimían más, se ceñían a su tronco y a su pecho con mayor violencia, hasta quitarle la respiración, causándole una especie de vértigo que le adhería a la Serpe, llegando a no saber si lo que le asfixiaba eran las doradas mallas de la red o los brazos elásticos y torneados del monstruo, que murmuraba: «Eres mío, míos sois los Aponte.» Anhelaba, sofocado, y ya sus pulmones no le daban aliento suficiente para vivir. Cerró los ojos, dejando de ver a la mujer misteriosa; y al cerrarlos, todas las sensaciones se abolieron: ni sintió el contacto del cuerpo flexible, ni el del rostro bellísimo, ni la compresión de la red, ni nada, nada, sino un vacío, un flotar en el espacio, suelto y libre de los lazos de la materia, sumido en la inercia del no ser, y lejos, lejos de la realidad y del mundo...

De todos sus sentidos, el único que aún conservaba en ejercicio era el oído, y escuchaba el canto gemidor:

iAi! iA Serpe sai do mare!...
iAi! iA Serpe ven pidindo
unha rede pra enredare!...
iAilaláaaa!...

VI

A los dos días de haberse perdido la barca, los marineros, que no cesaban de registrar la costa, vieron que emergía de la superficie del mar una cabeza y que se alzaba un brazo, como pidiendo auxilio. En otras barcas salieron a recoger al náufrago, suponiendo sin error que fuese el de Aponte.

Izado a bordo, notaron que estaba como embebecido y no prestaba atención a las preguntas afanosas que le dirigían, ni a las exclamaciones de gozo que arrancaba su salvamento.

Fue al cabo recobrando la conciencia de lo que pasaba a su alrededor, y cuando el viejo Salnés le preguntó dónde había pasado las veintitantas horas transcurridas desde el naufragio hasta el salvamento, contestó, con voz honda:

—En la cueva de la Serpe.

Los marineros se miraron, y sus caras expresaron la misma impresión. ¿Cómo podía ser?

—En la cueva de la Serpe —repitió con firmeza el de Aponte—. Si sois capaces, nadad por bajo del cabo, donde perdimos la embarcación, y encontraréis la boca de la cueva por donde yo entré y volví a salir.

Obedecieron los marineros. Desnudose Vieira y, ágil como un pez, buceó en el sitio señalado. Allí estaba la barca, tumbada en el fondo, pero entera, salvo la rotura por la cual el agua entró a hundirla, y el marinero, con el instinto práctico que se sobrepone a todas las supersticiones, juzgó que no sería difícil pasarle unas cuerdas y, en un día de calma, hacer el salvamento. Luego, rápidamente y reteniendo el aliento, buscó la boca de la cueva. Nada vio. La arena lo atascaba todo. Por allí no podía, a no ser que fuese milagro, haber pasado el señorío.

Con tal noticia volvió Vieira a la superficie del mar. Gonzalo le oyó sin perder su calma. ¡Él también sabía lo que sabía!

—Vamos al castillo —ordenó.

Silenciosos, los marineros pusieron proa al playazo. El desembarco, que debiera ser tan regocijado, fue triste. El misterio que envolvía la salvación del señorío les llenaba de supersticioso terror. No era posible explicar de modo natural aquellas horas que habían pasado entre la pérdida de la barca y el encuentro del naufragio. Tan extraña como la desaparición del padre era la aparición del hijo.

Y los marineros, en vez de llegar al castillo engreídos y bulluciosos, se presentaron hablando bajo y con el semblante grave del que trae malas nuevas. Doña Laura, que estaba encerrada en su oratorio, salió impetuosa y se arrojó al cuello de Gonzalo. Fray Berte alzó las manos juntas, en actitud de dar gracias a Dios. Clarinda no pudo ir al encuentro de su esposo. Desde el naufragio, salía de un ataque nervioso para entrar en otro, y hubo que darle la noticia con miramientos extraordinarios, por no causarle una impresión tal vez mortal.

Fue restableciéndose la normalidad, pero había algo que pesaba sobre los espíritus: fray Berte, en los primeros momentos, interrogando a los marineros, supo que Gonzalo afirmaba haber estado largas horas en la cueva de la Serpe; por los marineros lo averiguó la servidumbre; por la servidumbre, la madre y la esposa. El silencio que con ellas guardaba el de Aponte aumentó la impresión de alarma. Fray Berte intentó en vano que Gonzalo le refiriese cómo había llegado a tal cueva y qué le había sucedido en ella. No pudo arrancarle palabra. Notó, además, con verdadero recelo, que Gonzalo no quería arrodillarse en el tribunal de la penitencia. Los actos de devoción de las damas no le incitaban a purificar su alma con arrepentimiento. Permanecía hosco, huraño, como ajeno a la vida del hogar. Su cuerpo estaba presente; pero, a fuer de buen Aponte, tenía enajenado su espíritu. Era de la Serpe, nada más que de la Serpe.

Y, sin embargo, cumplía su palabra: no volvió al mar. Pasaba los días encerrado en su cámara, leyendo viejos manuscritos donde buscaba la clave del enigma de su familia. En la ingenuidad de los cronistas monásticos esperaba hallar algo concreto

que le iluminase. De las truncadas noticias quería sacar la verdad acerca de la Serpe. Cuantos más días iban transcurriendo, más se afirmaba en la mente de Gonzalo la idea de que unas horas de calentura, en un escollo, eran toda la explicación de lo soñado en la encantada cueva. El mar sin duda le había arrojado a algún islote, de los varios que existían en las inmediaciones del promontorio, y en el desvarío de su mente, en la calentura de su fiebre, aquellas visiones le dominaron y le hicieron creer un instante en el prodigio de los cristalinos palacios y de la Serpe con su red. Y, luego, el mar le había arrancado del momentáneo asilo y se disponía a tragarle cuando le recogieron los marineros. Sí, otra clave no podía tener el raro enigma.

Poco a poco esta sensata convicción se abrió camino, y fue sosegándose el oprimido corazón del de Aponte. Respiró y pudo saborear la ventura doméstica. Habían resuelto esperar en el castillo el suceso de la preñez de Clarinda, para evitar las contingencias de un viaje penoso y largo, aun con la ayuda de la litera. Corrían los meses, y ya, desechadas las antiguas preocupaciones, el interés de todos gravitaba alrededor de aquel esperado acontecimiento. Iba a perpetuarse el linaje, a asegurarse la continuación del nombre de Aponte. Todo estaba preparado. De Compostela habían venido médico y comadrona.

Una reliquia que en el convento se guardaba con suma veneración, un trozo de la verdadera Cruz, fue traída y colocada en un altarcillo portátil, en el camarín de Clarinda. Los siervos acudían con presentes de manteca y queso, huevos y gallinas, para el caldo de la parturienta.

Doña Laura, saliendo de su retraimiento y de la mística indiferencia con que ya lo miraba todo, se enfaenó en coser por sus propias manos pañales y otras prendas infantiles. Poco tiempo, por la cuenta, podía faltar para lo que todos aguardaban.

Sin embargo, el desenlace parecía dilatarse más de lo que normalmente se podía inferir. El médico, que era uno de los dos del arzobispo de Compostela, se impacientaba, temeroso de hacer falta en su cargo y obligación. Hasta mostraba extrañeza ante tan largo embarazo. El caso no podía considerarse maravilloso, pues se daba bastantes veces; pero, con todo eso, siempre inquietaba. Además, preocupaba al doctor la escasa resistencia fi-

sica de Clarinda. Cuanto más durase la anormalidad, mayor el peligro.

Por último, hubo indicios de que se acercaba la hora. Se encendieron todos los cirios en el oratorio y en la capilla; en el convento, la comunidad se puso en oración. A las altas horas de la noche no se había resuelto aún el caso, ya realmente grave, según todas las indicaciones del médico. Cuando la primer luz del amanecer doró los vidrios del camarín en que Clarinda agonizaba, nació un niño varón, y cosa de media hora después, vino el segundo, no menos fuerte y bien conformado que el primero. Al ocurrir este suceso insólito, se comprobó también que no hay alma en que la superstición no grabe profunda huella. Fue el nacimiento del segundo vástago de Aponte como una puñalada para todos, incluso para fray Berte, que, cayendo de rodillas en el oratoria, imploró:

—¡Nuestra Señora la Abrideira! ¡Ten compasión de esta casa!

Doña Laura se deshacía en acongojados sollozos, y los servidores, aterrados cuchicheaban comunicándose la infausta nueva y repitiendo, de oído a oído, la leyenda amenazadora. Cuando en el linaje de Aponte hubiese más de un hijo, sucedería algo increíble... No se oían en el castillo sino reprimidas quejas y suspiros de pavor.

Y Gonzalo, abrumado también, permanecía al lado del lecho de su esposa, de codos sobre una mesa, hundida la frente en las palmas... Era la predicción, era la aparición del enmascarado Destino. ¡Por primera vez tenían los Aponte más de un sucesor!

El médico llamó la atención al padre; le tiró de la manga de la ropilla.

—Señor don Gonzalo, recóbrese vuesa merced y no haga cuenta de niñerías y fábulas. Me dicen que este nacimiento de gemelos es de mal agüero, y yo veo en él doble seguridad de la larga vida de la estirpe de esta ilustre casa. Son dos rollizos rapaces, y no sé qué más cupiera desear. Ahora vamos a atender a doña Clarinda, que es delicada y ha menester cuidado.

A fuerza de cuidados, de cordiales y sorbos de generoso y añejo moscatel, Clarinda fue recobrando alguna fuerza y conocimiento, y lo primero que pidió fue *su hijo*. Le respondieron que

iban a traerle *los dos*. Se estremeció; pero exclamó, con más ánimo de lo que su estado permitía:

—Pues si son dos, traédmelos ambos.

Y se los trajeron, bien arropados y envueltos, sin que de su carne ternezuela se viese más que las diminutas caras y los rosados puñitos. Acercándolos a sí, los besó la madre largamente. El padre, de pie al lado de la cama, contemplaba la dulce escena. Y, de pronto, Clarinda, desviándose, exclamó:

—¡Estos niños huelen a mar!

Pálido, Gonzalo balbuceó:

—El ama es una pescadora...

—El ama no les ha tocado aún —objetó doña Laura vivamente.

Gonzalo se inclinó, buscando el olor, acercando su rostro al de sus hijos. Y, en efecto, un vaho como el de algas finas y playas doradas por el sol subía de los cuerpecillos de los infantes. Enloquecido, Gonzalo desvió los pañales, tratando de ver si estaba en ellos el marino aroma. Quedó descubierto uno de los pequeñuelos, y Gonzalo de Aponte contuvo un grito ronco. Los ojos de doña Laura, los de Clarinda, se posaron sobre las carnes, rojizas aún, del recién nacido. En los muslos, una especie de reflejo nacarado indicaba la presencia de levísimas escamas, apenas visibles, pero extendidas por todas partes. Gonzalo arrebató el pañal del otro vástago. Igual signo extraño aparecía en la criatura. El de Aponte y doña Laura, a un mismo tiempo, cayeron de rodillas: él, arrancándose la melena copiosa y rizada; ella, implorando a todos los santos y a la Virgen Abrideira... Clarinda se retorció en una convulsión violentísima, exhalando gritos desgarradores. Su cara se volvía de color de escarlata. El médico, entre dientes, renegaba. ¡Qué desdicha!

Una hora después, ante el inanimado cuerpo de la pobre niña, blanco y rígido, tocado ya por la muerte, deploraba el médico tan fatal error. No les debía importar nada el fenómeno observado en las dos criaturas; sin duda tenía la culpa la imaginación de la madre; cosas más raras se han visto en punto a efectos de tales aprensiones y fantasías.

Era locura que don Gonzalo hablase de arrojar a aquellos preciosos infantes desde una peña al Océano. Que viese en ellos su consuelo, que mirase por ellos, sustituyendo a la pobre madre...

Y fray Berte, arrugadas las hirsutas cejas, fulgurante el mirar, se plantó ante Gonzalo, y clamó con cólera:

—¡Pecador empedernido, mal cristiano, en el confesonario te espero!

Contrito, deshecho en llanto amargo, el de Aponte bajó a la capilla, y golpeándose el pecho, hiriéndose la frente contra la madera de la rejilla, confesó despacio, con pormenores, con detalles espantosos... El fraile se santiguaba, y entre labios murmuraba ardientes oraciones. Al absolver a Gonzalo, le impuso la penitencia de ir en peregrinación a Compostela, a pie y descalzo, y no ver el mar en diez años arreo.

No volvió a verlo nunca. Jamás retornó al castillo de la Serpe. Se estableció en una de sus casas solariegas, inmediata al río Ulla, y allí se consumió lentamente, sin poner más los pies en el sitio donde había pasado su juventud, y donde Clarinda le esperaba en la sepultura.

A los gemelos les crió y atendió la madre de Gonzalo. Pero, llegada ya a los límites de la vejez, incapaz de energías y de carácter, les permitió que hiciesen su gusto libremente, y lo que los muchachos querían era vivir dentro del mar, como los anteriores Apontes, y con mayor exageración y empeño. Nadaban todo el día, cual tritoncillos, y cogían los peces con la mano. Se pasaban dentro del agua horas y horas. A los veinte años huyeron de la casa patrimonial y se embarcaron para largos viajes y travesías. Volvieron curtidos, trayendo aves desconocidas y alimañas que nadie había visto nunca en la Serpe, y diciendo que habían descubierto tierras ignoradas y recorrido países completamente escondidos hasta entonces a las miradas de los cristianos. En los últimos viajes les acompañaban una mujer y un niño; ella era una princesa india del Brasil, y el retoño tenía, como su padre, escamas por el cuerpo. Y aquel sucesor, y todos los sucesores que le siguieron, fueron lo mismo: vivieron en el mar más que en tierra, y la gente del pueblo les llamó *mariños*, afirmando que sus muslos eran azulados y escamosos.

Pudiera muy bien ser conseja, y lo era de seguro. Los sucesores de Aponte se distinguían no por anomalías increíbles, sino por aquella inclinación y cariño al mar, que en ellos encontraba desahogo al llevarles a comarcas lejanas y al hacer de ellos

navegantes y descubridores. En su mente de hombres de acción y de arriesgados marinos no arraigaban las brujerías y consejos de los crédulos labriegos y pescantines de la costa. Cuando se les hablaba de tales fantásticas invenciones se reían, enseñando los blancos dientes en la cara morenísima, bronceada por el hábito de los anchos mares. Ningún Aponte tuvo sosiego ni se amoldó a la vida reposada del dueño de tierras que vegeta en sus viejos pazos o en sus vetustas torres. Y así, la fortuna patrimonial fue disminuyendo, descuidada por los aventureros marinos. Los foros no se pagaron, las tierras las llevó en cultivo el que quiso, y poco a poco dejaron de pertenecer a sus legítimos dueños. En las últimas generaciones, hasta el castillo de la Serpe sufrió el lento saqueo de las viviendas deshabitadas, y sus ricos muebles fueron a distribuirse por las chozas de los antes colonos de Aponte. Secáronse los frutales, los techos se pudrieron, el piso se fue agujereando, carcomido y temblón; los guadamecés se deshicieron como yesca, y habiendo venido a la Serpe unos arqueólogos curiosos, abrieron la tumba de Clarinda de Montenegro, y sacaron de ella, entre huesos y guñapos de lo que fue vestimenta suntuosa, una manilla de filigrana de oro, con tres gruesas perlas, obra muy antigua y digna de figurar, como figura, en un museo provincial.

Preguntando si había por allí más sepulturas de los señores de la Serpe, un viejo que remendaba redes en el playal contestó con cierta solemnidad trágica:

—Desde sabe Dios cuándo, no ha muerto en su cama ningún señor de Aponte. En el mar están todos. ¡Dios les haya perdonado!